

todo por el uso de la imprenta de tipos fijos, que reproduce textos y, en especial, imágenes para públicos analfabetos. En esto converge Europa con la China y el Japón. Finalmente, se preparan peregrinajes y cruzadas, o sea contactos pacíficos y violentos entre culturas, comercio de sustancias y objetos exóticos, nuevas rutas expansivas y el enigma acerca de ultramar, la unidad global del planeta y los descubrimientos del siglo XV.

Mitterauer procesa y simplifica la información, frondosa y compleja. La exposición es amena y fluida. La estructura del libro, ordenada. Se trata de una tesis pero que puede ser leída con provecho y placer por quienes no la compartan. En el fondo, se apunta a una enésima definición de modernidad, un concepto abaratado por su confusión con la moda, que es una de sus consecuencias, pero no lo esencial de este cauce ancho y complejo que aún nos alberga.

El regreso del húligan, *Norman Manea. Traducción de Joaquín Garrigós. Tusquets, Barcelona, 2005, 384 pp.*

Manea, rumano de Bucovina (1936), tiene una larga experiencia de expulsiones y desarraigos.

Fue internado, de niño, en condición de judío, por los nazis. Vivió bajo el comunismo de Ceaucescu hasta que logró emigrar a los Estados Unidos, donde reside. Tras diez años de trastierno, volvió a visitar Rumania, observando los cambios del poscomunismo. La conclusión es amarga: «Marcharme no me liberó y el regreso no me ha hecho regresar. Vivo a disgusto mi propia biografía».

El libro es la historia de ese disgusto, la crónica de una vida instalada sobre suelos ajenos y resbaladizos. Es, también, una forma de definir la libertad: no ser algo, no ser ninguna cosa, estar siempre disponible. O, si se quiere, una nueva forma de romanticismo, búsqueda de una patria perdida e inhallable, instalación en la extranjería y el extrañamiento.

La narración es muy anecdótica y vivaz. Va y viene en el tiempo, según la flotación de la memoria. Adopta un trámite novelesco, con descripciones y diálogos, observaciones y juicios hechos al paso de los eventos. Resulta excesiva de información y una estrictez mayor en la proliferación de literatura, lo mismo que un orden más escueto en la exposición de los episodios, habrían obrado a favor del lector. Así lo hace la traducción de Garrigós, como siempre, de un ajuste lingüístico impecable y oportunas notas de información local.

Escritos literarios. *Leonardo da Vinci. Edición de Augusto Marioni. Traducción de Giovanna Gabriele Muñiz. Alianza, Madrid, 2005, 197 pp.*

Por si le faltara alguna disciplina, Leonardo también escribía. De sus papeles, dispersos como todo lo suyo, se han antologado aforismos, fábulas, pequeños ensayos, polémicas con nigromantes y alquimistas, traducciones, fantasías, retazos inclasificables. Hay, para completar el retrato letrado del genio, un escrutinio de su biblioteca y unos esbozos geométricos.

Humanista de su tiempo, se ve en Leonardo a un estoico moderno, una inteligencia confiada en el orden matemático del mundo, un pragmático para el cual la verdad es hija de la acción y la experiencia. La naturaleza se le da como necesidad, economía, causalidad. En ella, el hombre es la consciencia y la conciencia, la duplicación de quien juzga y sabe que juzga, el sabio y el moralista. Así se construye el mundo, en cuyo centro está el hombre, pero no un Hombre abstracto y modélico, sino cualquier hombre. Y si poetizar es también saber, vaya un ejemplo a modo de alhaja: «El agua que tocas de los ríos es la última que se fue y la primera que llega. Así, el tiempo presente».

La selección es útil, lo mismo que la introducción. Las traduc-

ciones, por momentos, resultan incorrectas, por problemas de ordenación sintáctica y concordancias, a los cuales se suma el uso superfluo de italianismos: tirocinio, lascible, Quatrivio, las ciudades de Roma (por ciudades latinas, cabe conjeturar).

El nacionalismo. Una ideología. *Alfredo Cruz Prados. Tecnos, Madrid, 2005, 188 pp.*

Nacido con la Ilustración, para secularizar la unidad social desplazando a la figura sagrada del rey, el nacionalismo ha sufrido avatares históricos, en especial desde que los románticos lo convierten en un rasgo de identidad sentimental, algo irracional y pugnaz. Se vuelve estratégico y desarrolla el enfrentamiento con el enemigo principal. Se define racialmente y, en todo caso, hace de la nación un ente natural, algo dado e inmodificable, sustraído al devenir histórico, inmarcesible aunque reiteradamente derrotado.

Cruz Prados, sin pretender originalidad tética, hace un cumplido estado de la cuestión, examinando textos, autores y circunstancias históricas. Su posición es fuertemente crítica frente a los nacionalismos, en especial los que actúan

en España. Llega a desmontar, por jurídicamente absurda, la idea de autodeterminación, que las Naciones Unidas reconocen como derecho de los pueblos colonizados y que excluye la facultad de segregarse. Nunca esta demás un libro como éste, apretada y ordenada síntesis de un desafío que el entusiasmo por actuar plantea a estas sociedades secularizadas, a menudo languidecientes entre la privacidad y el individualismo.

Sobre la propiedad. El concepto de propiedad en la Edad Moderna, Nieves San Emeterio Martín. *Prefacio de Salvador Giner. Tecnos, Madrid, 2005, 309 pp.*

La propiedad es una institución jurídica de primera importancia económica, pero los economistas la desdeñan. Este libro viene a llenar el vacío que dicho desdén provoca y lo hace, al menos, desde la historia de las ideas.

A través de un minucioso barriido de fuentes, la autora observa cómo se sostiene, durante siglos, la noción de que la propiedad es natural o, por lo menos, connatural al ser humano. Los teólogos cristianos defendieron, hasta Tomás de Aquino, la colectividad de bienes original que el hombre per-

dió al pecar y ser expulsado del Paraíso. La propiedad privada no mantiene aquella calidad, pues es creación profana y social, dictada por la conveniencia de ordenar las relaciones entre sujetos. Los iusnaturalistas del barroco sustraen la naturaleza fundacional a la divinidad y la desplazan a la razón, propia de la naturaleza humana.

La adquisición, los límites, la exclusividad privada (que priva a los demás de lo propio), la intervención del poder político en la organización de las propiedades, el estado de necesidad que quiebra el orden previsible, son incisivos que San Emeterio Martín examina con buen orden y lenguaje diáfano. Al final logra persuadir al lector de lo que se proponía al principio: desde el derecho, estamos ante un elemento económico de relevante importancia.

Il tramonto dell'Occidente nella lettura di Heidegger e Jaspers, Umberto Galimberti. *Feltrinelli, Milano, 2005, 731 pp.*

El volumen reúne tres textos de Galimberti: dos versiones de *Linguaggio e civiltà* (1977 y 1984) y *Heidegger, Jaspers e il tramonto dell'Occidente* (1975). Estas adhesiones implican que se repitan citas,

análisis y lecturas. No obstante su prolijidad, el volumen obtenido ofrece orden y líneas de fuerza. Quizá la mayor sea la imagen de Occidente como país de la noche, que es lo que literalmente propone la palabra alemana *Abendland*. Ocaso, anochecer y tinieblas circuyen el tiempo que se presenta como al final del día histórico de la humanidad. Más allá no hay nada o, tal vez, el ciclo recomience y se produzca una nueva aurora.

Los dos filósofos convocados, a pesar de sus diferencias y de cierta manía jergal que impide ser convincentes y sí, en cambio, hipnóticos, coinciden en la visión panorámica del asunto: Occidente se ha olvidado del ser y ha fetichizado los entes, hasta convertir al mismo Dios en un Ente Supremo. Se ha desentendido de las ocasionales aperturas de eso que es misterioso y está más allá de las cosas y en todas ellas: el tao, el brahma, el ser, el Uno de los alejandrinos, el espíritu, el Dios del cardenal Cusano o la esfera de Pascal, que lo repite y resulta una fórmula esotérica de la divinidad.

Galimberti sigue la pista del crepúsculo occidental a través de la historia de la filosofía y aplicando el vocabulario del dúo germánico. Lo hace con probidad, minucia y buena organización expositiva. A la salida caben algunas perplejidades. ¿Se equivocó

Occidente al olvidar el ser y desdénar lo misterioso de la existencia, la unidad de la vida, lo intangible de lo sagrado? ¿Fue un error convertirse en occidental? Puede colegirse que sí y pedir una reorientación, una reorientalización de Occidente. O concluir que no, que nada se habría pensado en el mundo sin ese descaminado olvido del ser. La contemplación extática y estática del misterio impide cualquier pensamiento y, sin él, poco humano nos quedaría a los humanos. Pero ya sabemos que somos el único animal capaz de deshumanizarse.

El siglo XI en primera persona. Las «Memorias» de Abd Allah, último rey zirí de Granada, destronado por los almorávides en 1090. Traducción de E. Lévi-Provençal y Emilio García Gómez. Alianza, Madrid, 2005, 397 pp.

La España califal, propiamente árabe, entró en anarquía y desmembramiento en el siglo XI, dando lugar a los reinos de taifas. La doble presión del rey cristiano y los invasores almorávides, provenientes de Marruecos, acabó de completar el cuadro del desorden. Uno de los más curiosos personajes del momento es el mencionado